CAPITULO XXIV.

HORIZONTES.

La historia del pasado convirtiéndose en manual de consultas produce el corolario de la esperiencia.

¡Dichoso del que vuelve atrás la mirada para rectificar su itinerario!

Cada mirada retrospectiva descubre un horizonte: en esos horizontes hay siempre luz.

El viajero que camina hácia el oriente, al caer la tarde, aprovecha en su camino hasta los últimos resplandores del crepúsculo que deja atrás.

Aldama en la somnolencia de la calentura y del delirio, despues de las violentas sacudidas que lo habian postrado,

CAPILLA ALFONSINA

vivia con la imaginacion; y con la doble vista de los recuerdos percibia su crepúsculo, su ayer, donde brillaba aun la luz.

Percibia las nubes rosadas de su infancia y recordaba las caricias maternales.

El eco de estas impresiones se repercute, desde la infancia hasta la tumba.

Este recuerdo es una de las caricias del pasado, es una de las luces del horizonte que abandonamos.

Envuelta en esa caricia está la primera chispa de la fé.

El recuerdo de la primera caricia viene simpre unido al de la primera idea de Dios.

El mas grande de los consuelos: la religion, nos ha sido ofrecido al venir al mundo por la mas grande de las ternuras: la madre.

Aldama probó tambien esa delicia; y esa delicia en la forma de un ángel color de rosa se levantaba en la negra noche de sus recuerdos y le tocaba el corazon.

Despues de aquel recuerdo se levantaban sombrios y severos los jueces de su conciencia.

Aldama, como todos los delincuentes, si bien tenia la fé de sus malas acciones, estaba lejos de inclinarse ante una evidencia que aborrecia, como aborrece el reo á su acusador.

Su soberbia fomentaba este ódio oculto que lo inclinaba á las sofísticas disculpas de sus acciones.

Por la intuicion de la justicia, el hombe pretende justificarse consigo mismo: no hay criminal que no luche primero con su conciencia hasta vencerla, y encontrar, por el camino mas tortuoso despues de haber hecho el mal, esta conclusion.

He hecho bien.

Aldama no transigia con avergonzarse de sí mismo, y buscaba la razon de sus hechos por donde menos debiera.

Llegar á un fin propuesto era la primera de las disculpas que encontraba. Seré rico, se decia, y despues me volveré bueno, desagraviaré á Dios y viviré como todos.

Pero la idea de la muerte, esa idea que mas que nunca lo habia perseguido tan tenazmenne, lo preocupaba á su pesar.

No parecia sino que de allí en adelante habia de presidir sus acciones aquel buho de la cueva, y aquella llama azul espirante.

Aldama temblaba ante la idea de morir y tenia miedo de su miedo.

Era la forma del presentimiento.

Era el aviso de su ángel color de rosa.....

.....

Despues de los primeros relámpagos de aquella noche uno de los primeros truenos de la tempestad despertó á Aldama.

Abrió los ojos y vió el cielo negro, enlutado con apiñados nubarrones entrecortados con intersticios blanquecinos que se perfilaban por la luz violada de los relámpagos.

Las ráfagas de viento frio habian refrescado su frente, segun lo habia previsto la Tia Teodora en su plan curativo.

Pero Aldama, aunque despierto, no quiso hablar.

Se acordó de Margarita y de Quintero; y la hiel de estas ideas le arrancó una desgarradora esclamacion.

Teodora y María se estremecieron.

Aldama se incorporó dirijiendo una mirada investigadora á su alderredor.

—¿Está usted mejor Señor Don Felipe? preguntó Teodora.

—Estoy.... bueno, contestó Aldama yarrojó lejos de sí las ropas con que lo habian abrigado.

—¿Pero qué hace usted, Señor Don Felipe? No es bueno descubrirse uno despues de haber sudado.

—No importa.

—Necesita usted reposo. Un buen sueño le volverá las fuerzas.

—¿No es verdad que necesito de mis fuerzas Tia Teodora?

—Por el pronto no, Señor Don Felipe.

—En este momento es cuando me son necesarias.

Y Aldama se levantó, no sin esperimentar algun desvanecimiento.

—Creo que no he comido.

—¡Es posible! esclamó Teodora.

—Sí; ahora recuerdo que no he tenido tiempo. Déme usted pan, Tia Teodora, siento hambre.

—Será mejor la dieta.

—Será mejor lo que yo quiera, gritó Aldama impacientándose.

Doña María fué en busca de pan y volvió á poco con él y con una botella de vino jerez.

—Eso es ya otra cosa dijo Aldama: arrebató el pan de manos de María, y se puso á devorarlo con ánsia. En seguida tomó algunos tragos de vino, se ciñó su espada y salió dando unas monedas de oro á la Tia Teodora.

—Hasta la vista, dijo al salir.

—Hasta la vista, repitió con intencion la Tia Teodora, contando sus monedas.

—¿Adonde irá ese Caballero con esta noche? dijo María un tanto espantada.

—Va á buscar al Diablo.

—Pues de encontrarlo tiene, por que anda suelto.

Doña Teodora oiga usted que truenos.

—Cerremos nuestra puerta, y cenemos en paz Doña María.

—¿Y Manolo?

—Manolo anda de aventura, ya vendrá mañana y nos contará lo que ha hecho el muy belitre.

A poco rato no habia mas brujas despiertas que las que creian ver en tinieblas los aterrorizados por la tempestad.

Aldama, desafiando el temporal, atravesó la ciudad en la que reinaban las tinieblas.

Habia desnudado su espada para luchar con los perros que por todas las calles le acometian, como al único transeunte que osaba turbar su tranquilo merodeo.

Aldama se dirijia con paso apresurado por entre el lodo de las calles á la casita de Margarita.

Lleno de sudor y de fatiga llegó por fin á la puerta de la casa. Estaba cerrada, Aldama no quiso tocar antes de ver.

Nada se distinguia al través de la cerradura. Reinaban allí el silencio y la sombra.

Por fin tocó, y tocó hasta convencerse de que no querian abrirle.

Entonces comenzó á luchar por forzar la puerta.

La idea de encontrar allí á Quintero con Margarita le prestó las fuerzas del loco; pero la puerta aunque se movia no queria ceder.

Sacó un puñal de oja triangular y lo aplicó al agujero de la llave. Un traquido le anunció que el puñal se habia roto: introdujo el resto entre las hojas de la puerta, y se lastimaba los dedos palanqueando. Apoderose de Aldama el furor de la desesperacion, y separandose de la puerta se dió impulso y se dejó caer con todo el peso de su cuerpo; la cerradura cedió y Aldama cayó cuan largo era dentro de la casa de Margarita.

Levantose aturdido y empujó la puerta de la sala. Estaba abierta, pero nada se veia.

Estendiendo los brazos hácia delante para no tropezar fué recorriendo el cuadrado de la sala, palpando todos los muebles y diciendo repetidas veces:

—Margarita, Quintero.

Nadie respondia: un silencio de muerte reinaba allí.

Acertó á dar con la puerta de la recámara de Margarita, y se lanzó á la cama, tentó de nuevo por todas partes: nada habia: y jadeante, desesperado, furioso recorrió toda la casa, lo registró todo y persuadido al fin de que aquella casa estaba abandonada se dejó caer en una silla.

—¡Margarita! ¿donde estás Margarita? esclamaba ¡ah!.... yo creí que la habia aborrecido y la amo todavia. Vivia, sin saberlo yo, en el fondo de mi alma, y al perderla es cuando lo conozco, y al pasar á poder estraño es cuando me apercibo que todavia podiamos ser felices. ¡Margarita! ¡Margarita! Cierto estoy de que me perdonarias por que me amas mucho; pero ¿adonde estás? ¿por que has abandonado tu casa?.....

¡Oh....si ese miserable de Quintero la ha llevado de aquí!....¿Pero cómo? Margarita sa ha de haber dejado

matar antes que consentir en seguir á Quintero. Sí, sí: Margarita no es su amante á estas horas....¿Si la habrá matado? ....ah....¡Quintero! ¡Quintero! ¿En qué pensé cuando te cedí á Margarita? ¡Nécio de mí! yo mismo me preparaba este suplicio: Pero este es un suplicio con que yo no contaba, no; yo creí que no sentiria dejar á Margarita. Creí, insensato, que la veria yo indiferente ser la querida de Quintero.... ah....¡soy un miserable, soy un criminal!....Ella....ella no cederá, no, no cederá jamas; por que es una santa, por que no podrá amar á nadie mas que á mí....¿Nada mas? ¿y si llega á amar á Quintero? ¿No es al fin muger? ¿Merezco acaso que ella me ame, que me sea fiel, cuando la he traspasado como un mueble, cuando la he cambiado por Teresa?

¡Ah!....si Margarita ama á Quintero, si llega á ser suya ....¡Ah! no, no; ¡esto es imposible! Sí; es imposible por que voy á matar á Quintero. Al fin Quintero sabe cosas que pueden un dia complicarme con la justicia, y siempre es bueno deshacernos de testigos peligrosos; si, lo mataré..... ¡lo mataré!.....

Y Aldama saboreaba la hiel de su venganza, y gozaba con la idea de ver morir á Quintero.

¿Pero en donde estará Margarita? Ese miserable la ha de haber sacado por medio de alguna celada. Margarita no ha ido de grado siguiendo á Quintero.

Yo lo sabré todo; si; y me vengaré.

Quintero se ha reido de mis súplicas, de mis lágrimas, de mi amor, de mis tormentos. Lo mataré, sí, lo mataré irremisiblemente.

Aldama sin saber á donde ir, sin tener un solo indicio del

lugar en donde podria estar Margarita, pasó largo tiempo en cabilaciones y conjeturas: deseaba, asi como una luz en su tribulacion, una luz en aquella oscuridad en que estaba sumerjido.

Buscó en vano restos de fuego en la cocina, ó un pedernal para hacer fuego sirviéndose de su puñal roto: nada pudo encontrar; la casa habia sido abandonada en la mañana: allí estaban los muebles, las ropas, los cuadros, y todo aparecia en su sitio, sin duda Margarita, pensaba Aldama, salió inopinadamente, tal vez vuelva, tal vez se escape del lado de Quintero.... pero no volverá á donde él pueda buscarla.

Poco despues salió Aldama de la casa de Margarita y se dirijió á la de Quintero; pero allí le informaron de que Quintero no habia aparecido en todo el dia, y viéndose solo en las calles y presa de una desazon extrordinaria, se volvió maquinalmente á la casa de Margarita, le parecia que allí solo quedaba un resto de esperanza.

Entró de nuevo en aquella casa oscura y silenciosa, tocó la cama y se arrojó en ella.

Aldama lloró. Hacia muchos años que no lloraba.

Así pasó la noche.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

EXPIACION.

Dios, despues de haber criado al hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo.
La vida y la muerte, el bien y el mal se hallan delante del hombre; y aquello que haya escojido, se le dará.
Eccli. XV. v. 14—18

CAPILLA ALFONSINA